

¿Qué hay de cultural en un *Espacio Natural*?

Representación, hegemonía y conflicto simbólico en el Delta del Llobregat

Sergio Blanco Morales

“En este mundo de las apariencias visibles
las cosas pertenecen a quienes las poseen”

(Kierkegaard, 1987, p. 19)

Resumen

El artículo plantea una mirada crítica sobre los valores y representaciones que se desprenden de la noción de *Espacio Natural* aplicada al Delta del Llobregat en el contexto del debate respecto a la futura ampliación del Aeropuerto de Barcelona-El Prat. Se profundiza en la relación entre el territorio y el manto cultural que lo envuelve (y transforma). Para ello, la cultura no es concebida únicamente como la suma de los objetos que la conforman, sino también como el proceso que los sostiene en relación oscilante con lo subjetivo. El objetivo de la investigación es señalar el desarraigo de las representaciones simbólicas del Delta (alcachofas, pollos “raza Prat”, cañizales, miradores de postal) de las condiciones actuales en las que se encuentra, es decir, sofocado entre polígonos, el puerto y la infraestructura aeroportuaria. Esa escisión provoca dificultades a la hora de intentar juzgar la situación, ya que únicamente se tiene acceso a imágenes prefabricadas de lo que nos rodea, meros simulacros, realidades reducidas. Con todo ello, se pretende poner en valor la importancia de situarse en el mundo con conciencia del proceso cultural en el que se habita.

Palabras clave

Cultura-Naturaleza, Espacio Natural, Universo Simbólico, Representación, Acción.

Introducción

En este artículo me pregunto por la relación entre el territorio y la concepción simbólica que se tiene del mismo para, con algo de perspectiva, intentar desgranar las implicaciones que se derivan de determinadas representaciones culturales y cómo éstas modifican nuestra relación con lo que nos rodea.

El caso concreto de estudio es el momento histórico actual en el Delta del Llobregat respecto a la futura ampliación del aeropuerto de Barcelona-El Prat promovida por AENA y el *govern* de Salvador Illa con el apoyo del gobierno español y la presión de diferentes patronales, empresas y lobbies como PIMEC, la Cámara de Comercio de Barcelona, RACC, varias aerolíneas, el sector turístico, etc. El foco de la tensión se sitúa, por una parte, en el impacto directo que el proyecto tendría sobre 27 hectáreas¹ consideradas espacios naturales protegidos por la Red Natura 2000 (UE) y por la Generalitat de Catalunya; por la otra, también apunta directamente a las problemáticas que acarrea el turismo masivo en la capital. Más allá de las consecuencias directas, encuentro interesante abordar las tendencias ideológicas y culturales que atraviesan al hecho en cuestión; qué dice toda esta situación sobre el mundo que construimos, sobre quiénes somos, quiénes queremos ser y sobre cómo nos relacionamos con el entorno.

El artículo parte de un cuestionamiento alrededor de las nociones de *sujeto* y *objeto* en correspondencia con las de *naturaleza* y *cultura* con el fin de iluminar la escisión entre ambas, el instante en que lo natural se objetiviza en lo cultural a través del sujeto. Se acepta que esta dinámica dual polarizada nos permite conceptualizar, dicotomizar y representarnos el mundo; pero se analizan los peligros de fundamentar nuestras acciones en objetos culturales que resultan meros simulacros del territorio que habitamos, imágenes de postal complacientes que dificultan acercarse a lo que de hecho se aparece, a lo que hay.

Se adopta una mirada crítica sobre el universo simbólico que envuelve al Delta del Llobregat, el cual se ha convertido en una moneda de cambio con un valor estratégico en las decisiones políticas y la vida social. ¿Se lucha por una manera de vivir o por una imagen de la misma? ¿Es el propio debate sobre la ampliación un símbolo de las derivas de nuestro tiempo? Aparece aquí la cuestión del progreso, del crecimiento cada vez más acelerado hacia un horizonte brumoso bajo el que subyace el conflicto, la opresión y la precariedad.

¹ Según la propuesta de proyecto de AENA, la cual propone una compensación futura con el reconocimiento de un “anillo verde” de unas 270 hectáreas en ubicación sin especificar. Experiencias anteriores en el mismo territorio muestran el incumplimiento de compensaciones ambientales prometidas, circunstancia que ha motivado la intervención de las instituciones europeas.

El nacimiento de la cultura

Para comenzar la presente investigación, nos adentramos en las nociones de *sujeto* y *objeto*, especialmente en su función dual ligada al movimiento mismo según el cual experimentamos la realidad. El simple hecho de estar redactando estas líneas, de realizar pausas para pensar e intentar proyectar una estructura coherente para el artículo, ya implica sumergirse en la susodicha cuestión. Lo redactado y lo pensado ocupan el lugar de *lo otro*, devienen objeto para un sujeto. Al señalar esto, no pretendo abolir o demoler la dicotomía, pues resulta patente que esta es inseparable de la manera en la que interactuamos con el mundo, desplegamos pensamiento y sedimentamos identidades. Sin embargo, encuentro que hay algo vicioso en la excesiva separación entre ambas caras, tal y como ocurre cuando se considera al territorio que nos alberga como una entidad ajena, delimitable y explotable para el beneficio de los delirios subjetivos de una comunidad desarraigada.

Esquivar el dualismo comportaría esquivar el pensamiento, ligarse al impulso, fundirse con el ser... “No diré nada, en nada pensaré/ el amor infinito me subirá hasta el alma” nos cantaba Rimbaud. No es difícil palpar intuitivamente que todas esas visiones resultan hermosas y deseables, que hay algo brillante en ellas. No obstante, la ensoñación enseguida se ve sofocada por el torrente de la verdad, el mundo marcha y las corrientes de la necesidad nos zarandean. Vivimos en la indescifrable intermitencia entre pensamiento y acción; la cual, según Simone Weil, alberga la posibilidad de ejercer nuestra libertad en tanto que armonización coherente entre ambas. No denostaba el pensamiento, sino su desvinculación del mundo: “El pensamiento es, en efecto, la dignidad suprema del hombre; pero se ejerce en el vacío y, por consiguiente, solo se ejerce en apariencia, cuando no capta su objeto...” (Weil, 2024, p. 129).

Cualquier representación del mundo articulable en acciones, así como cualquier acción sostenida en el tiempo vinculada a una representación, requieren del pensamiento para seguir su hoja de ruta y mantener candente la vivacidad de aquello que representan. Si el pensamiento acarrea el dualismo entre sujeto y objeto, y si aceptamos que este es el sustrato de la representación, nos damos cuenta de que la cultura nace como un objeto representado para un sujeto, un sedimento entre las grietas y los lazos que nos vinculan con el mundo.

Sin embargo, en lo que sigue, y apoyándonos en las ideas de autorxs como Georg Simmel o Hannah Arendt, vamos a observar que entre los objetos culturales y el sujeto que los representa existe un proceso que los vincula y que es susceptible de ser perfeccionado. Profundizaremos en las relaciones entre lo *subjetivo* y lo *natural*, lo *objetivo* y lo *cultural*.

Como punto de partida, tomaremos la concepción de cultura adherida a la tradición que se remonta a una antigua inscripción en piedra hallada en el santuario de Delfos, en Grecia: “Conócete a ti mismo”, unas palabras cargadas de espíritu socrático que invitan al desarrollo y reflexión sobre el propio ser. Una fórmula más moderna la sugiere Kierkegaard: “un movimiento infinito para encontrarme a mí mismo” (1987, p. 27). Esta es la concepción que cristaliza en la concepción de la cultura de Georg Simmel como el viaje del alma hacia sí misma, que se encuentra presente en sus análisis sobre la tragedia de la cultura (2002). Según él, lo trágico es que los objetos producidos para nuestro autoperfeccionamiento subjetivo acaban adoptando una lógica propia desvinculada del proceso de desarrollo integral en el que nacieron. Profundizaremos sobre este punto más adelante. Por otro lado, también cabe mencionar la concepción de la cultura como aquello cultivado, del latín *cultus*, es decir, producido por la acción del ser humano. Ambas nociones están conectadas, por ello la popular expresión: “cultivar el alma”.

La cultura se ha situado tradicionalmente en oposición a la “mera naturaleza” en tanto que actividad mediada por un sujeto. Algo que queda patente en las múltiples divisiones de las ciencias como, por ejemplo, la que establecía Wilhelm Dilthey entre Ciencias de la Naturaleza y Ciencias del Espíritu (de la cultura). Tras el giro kantiano, el objeto deja de concebirse como algo dado en sí y pasa a entenderse como aquello que es constituido según las condiciones a priori del sujeto. Siguiendo esta estela, Heinrich Rickert no plantea una diferencia ontológica entre naturaleza y cultura, sino una metodológica. En el caso de las Ciencias de la Cultura, pone el acento en el *valor* intersubjetivo de aquello que ha sido producido: “Lo que ha nacido y crecido por sí *puede* considerarse sin referencia a valor alguno; y *debe* considerarse así si realmente no ha de ser otra cosa que naturaleza...” (Rickert, 1899). Esta noción de *valor* como elemento diferenciador entre naturaleza y cultura nos conecta directamente con la siguiente cuestión:

¿Qué es un *Espacio Natural*?

Según la teoría de Rickert, diríamos que la etiqueta de *Espacio Natural* se refiere a una porción de territorio a la que aplicamos una serie de esquemas éticos más o menos vagos; el valor ecológico, científico, estético, educativo, etc. Esto modifica el modo de relacionarnos con el entorno, ya que nuestras acciones se orientan utilizando determinados valores como balizas entre las nebulosas del azar. Los valores asociados comúnmente a un *Espacio Natural* nos esbozan la estampa de un equilibrio frágil que deviene un fin en sí mismo y merece ser

cuidado. Esta imagen pasa a ser un objeto cultural que se inserta dentro de lo que Ernst Cassirer (1944) denominaba *Universo Simbólico*, es decir, un entramado de significados, formas y expresiones mediante los cuales no sólo interpretamos el mundo, sino que lo constituimos simbólicamente. Se trata de un universo compartido, de un medio fluido en el que la cultura moldea el mundo y sus representaciones. El tejido del universo simbólico está conformado por objetos culturales representados por sujetos más o menos activos en su producción. Por tanto, debido a que este nace y habita en la tensión polarizada entre ambos —acción y pensamiento, naturaleza y cultura— se encuentra sometido al cambio y la transformación.

Al concebir semejante red simbólica, es susceptible preguntarse —en el contexto de la presente investigación— por el origen de la noción de *Espacio Natural*, así como por las subjetividades que la orbitan y sus modos de actuación respecto a la misma. De entrada, es fácil advertir que no es lo mismo *Espacio Natural* que “mera naturaleza”. La una está cargada de valores y ocupa un lugar en el universo simbólico. La segunda es difícil de señalar, pues se nos presenta como una otredad radical aparentemente inabarcable; por lo menos dentro de la expresión como tal, cargada de una connotación antropocéntrica que denosta todo aquello que escapa de un esquema de valores humano. Sin embargo, ¿qué ocurre si vamos más allá del cerco de las palabras? Para una percepción directa no parece haber diferencias entre una cosa y la otra. La aspereza de un bloque de hormigón y el verdor de una hoja parecen cualidades desligadas de cualquier universo simbólico. Esto iría en contra de la idea de Cassirer de que el símbolo agota la frontera que nos conecta con lo real. No pretendo entrar aquí en debates más hondos sobre la plausible naturaleza representacional de nuestra percepción más fundamental, simplemente intento señalar que ciertos fenómenos que se nos aparecen regularmente como el crecimiento de acelgas salvajes junto a los caminos del Delta o el sonido de aviones en la distancia siguen su curso —al menos en apariencia— al margen de nuestras representaciones simbólicas del territorio.

Esto no quiere decir que el universo simbólico sea inocuo, ya hemos tratado su estrecha relación con la acción. Justamente por esto último creo que es conveniente, en cualquier caso, reflexionar sobre la manera en la que concebimos el territorio. No se trata de descifrar los misterios más profundos de la realidad para saber si todo es una representación o si ahí fuera hay efectivamente un mundo que sigue sus propios derroteros más allá de la percepción directa, sino de intentar tomar conciencia de nuestra relación con aquello que nos rodea y de los procesos que nos atraviesan con mayor impacto y vivacidad.

Espacios compartidos

La existencia de la propia noción de *Espacio Natural* se nos presenta como un hecho a través de su uso en un contexto que tiene tanto de cultural como de político en tanto que es capaz de transformar nuestra relación con lo real y, por ende, con la otredad. En este punto, considero que puede resultar esclarecedor traer al discurso algunas ideas de Hannah Arendt (2016).

Para ella, la cultura y la política constituyen *lo mundano*, la existencia del mundo como espacio común definido por las circunstancias y estructuras que rodean la vida humana y conforman el armazón de su interacción con el mundo. Además, lo distingue de *lo natural*, lo que está anclado al ciclo metabólico de la vida en el que se desarrollan la labor y el trabajo. En sintonía con el espíritu neokantiano de Rickert, no establece una distinción ontológica, sino que plantea dos planos de un mismo territorio: uno que se renueva cíclicamente mediante el intercambio de fuerzas, y otro que se sostiene sobre la producción de objetos que constituyen y transforman la mundanidad. En el plano cultural y político tiene lugar una resignificación constante llevada a cabo por una serie de agentes que lo moldean. “En las esferas culturales y políticas, que constituyen la esfera entera de la vida pública, lo crucial no es la cognición y la verdad, sino el juzgar y el decidir.” (Arendt, 2016, p. 53).

Hay una cierta similitud entre la noción de *universo simbólico* de Cassirer y la de *lo mundano* en Arendt. No obstante, hay una diferencia que es útil para mirar con ojos nuevos el contexto actual del Delta del Llobregat. Para la filósofa alemana el acceso a la dimensión cultural requiere, en primer lugar, de estar en situación, participar en el mundo desde un lugar concreto. En segundo, nos pone en relación con la otredad a través del juicio: “El juicio surge de la subjetividad de una posición en el mundo y, sin embargo, al mismo tiempo, afirma que ese mundo, en el que cada uno tiene su propia posición, es un hecho objetivo y, por tanto, algo que todos compartimos.” (Arendt, 2016, p. 52). Es como si diese un salto hacia la comunidad a partir de prestar atención a lo más cercano. El mundo compartido emerge a través de cada perspectiva particular. En este sentido va un paso más allá —o más acá, depende cómo se mire— que la concepción epistemológica y antropológica de Cassirer del ser humano como animal simbólico. Ambos escenarios permiten concebir el tejido cultural como un espacio intersubjetivo, pero Arendt aporta un soplo de aire fresco a la concepción de la cultura como dinámica integradora entre sujeto y objeto enfocada al autoperfeccionamiento, o dicho de otro modo, al cultivo del alma. Analiza la cultura no tanto desde los objetos producidos que la constituyen, sino como el proceso vivo que nos entrelaza

con el resto y con el mundo mediante los hechos, la toma de decisiones y, en definitiva, la acción.

Hegemonía y disputa cultural

Sin perder de vista lo anterior, a continuación abordaremos quiénes son y cómo actúan las subjetividades que están en relación con el Delta del Llobregat en tanto que *Espacio Natural*, es decir, en tanto que objeto y proceso cultural. Para ello, nos serviremos de la batería conceptual de Antonio Gramsci (1924), concretamente de sus investigaciones sobre el *sentido común* como una forma de conciencia generada y sostenida en el plano de la *superestructura*, una especie de cristalización de la *hegemonía* cultural en un contexto temporal y espacial concreto, todo aquello que es aceptado de forma pasiva y acrítica en una sociedad. La *hegemonía cultural*, para Gramsci, se construye mediante la acción de los llamados *intelectuales orgánicos*: sujetos o colectivos que, enraizados en una clase social, contribuyen a elaborar, difundir y naturalizar una determinada visión del mundo que termina sedimentando sentido común. Vendrían a ser como los escultores del universo simbólico compartido.

Respecto al Delta del Llobregat como *Espacio Natural*, podemos decir que es de sentido común querer preservar el equilibrio y la biodiversidad del territorio lo máximo posible. En cambio, no parece tan aceptable la idea de construir un enorme centro comercial junto a la Ricarda² o de verter los residuos y la basura de Barcelona en la desembocadura del río. Sin embargo, en el contexto actual en el que se plantea la ampliación del aeropuerto, se está produciendo un cambio cultural e ideológico que plantea si es más de sentido común proteger un *Espacio Natural* propio o *sacrificarlo* en pos del progreso económico y técnico de una Barcelona más global e interconectada. Los agentes que motivan este movimiento de placas político y cultural son varios y de diversa índole. La narrativa del crecimiento económico viene respaldada principalmente por AENA y los lobbies empresariales capaces de ejercer influencia sobre el gobierno. Su posición respecto a la noción de *Espacio Natural* no es —en la mayoría de los casos— de completo desdén por los valores que implica, sino que hablan de “compensaciones ambientales” para paliar un “mal necesario” para la continuidad del progreso.

Desde hace décadas, diferentes intelectuales orgánicos vinculados a las bolsas mundiales, las grandes tecnológicas, los conglomerados de medios o las cámaras de eco de

² Estanque situado dentro del Delta del Llobregat, muy cerca de la pista de despegue que se pretende ampliar.

las redes sociales han contribuido a sembrar la idea de que el crecimiento y el desarrollo son un fin en sí mismo y que lo deseable consiste en ir siempre a más: más acumulación, más velocidad, más rendimiento. Un aspecto interesante de la perspectiva de Gramsci es que se da cuenta de que la influencia de los intelectuales orgánicos no es unidireccional, sino que son los propios miembros de una sociedad quienes acaban perpetuando el sentido común dominante. Esto lo vemos, por ejemplo, en el caso hipotético de un mozo carretillero de la terminal de carga del aeropuerto que llega un día fardando de haberse comprado un coche nuevo con el doble de caballos que el anterior pese a que su sueldo no supera los mil seiscientos euros al mes. Las personas nos vamos influenciando mutuamente, puliendo poco a poco los contornos de determinadas visiones del mundo, conformando aquello que resulta deseable a la mayoría.

Desde el punto de vista del progreso económico, un aeropuerto más grande permitiría convertir a la capital catalana en un hub aeroportuario intercontinental que atraería más capital extranjero y un aumento del PIB que, en palabras de Salvador Illa, comportaría “recuperar el liderazgo económico de España”. Dentro del esquema gramsciano, también ocurre que llega un momento en el que el sentido común dominante vive una catarsis provocada por contradicciones dialécticas que desembocan en un momento de inteligencia y de crítica contrahegemónica.

El ideal de progreso tras las bambalinas de la ampliación entra en conflicto con los valores contenidos en la noción de *Espacio Natural*. La resolución del conflicto establecerá una nueva síntesis, un nuevo punto de sutura en la red de nuestro mundo y del universo simbólico que lo articula.

La postal del Delta

La noción de *Espacio Natural* conlleva implícita una desvinculación entre el sujeto y el mundo, ya que el primero acaba cegado por la representación que tiene del mismo y es incapaz de palpar la tierra sobre la que se sostiene. Vivimos en una época de hiperconexión digital y saturación visual. Estamos sumergidos en un *scroll* infinito de imágenes fragmentadas que dificultan la sostenibilidad de un universo simbólico compartido que nos integre en flujos de actuación fecundos. La noción de *Espacio Natural* ha pasado de ser un conjunto de valores asociados a un territorio a un simulacro cultural, una postal *kitsch* que se convierte en un complemento del sujeto que se la apropia. Las alcachofas del Prat, el *pollastre potablava* o el “mirador de aviones” al que van los turistas a hacerse fotos son

símbolos que reducen la complejidad de un territorio a una representación estereotipada que no se ajusta a las condiciones que la sustentan. Resulta curioso prestar atención al contraste entre la postal del Delta y las condiciones actuales del territorio, el cual se encuentra enclaustrado entre los polígonos de la Zona Franca y el Mas Blau, el puerto de Barcelona junto a la desembocadura del río y el aeropuerto con su proyecto de ampliación.

Esta postal funciona como una imagen analgésica que separa el objeto cultural de la acción en el mundo en forma de cultura viva. “La realidad física parece retroceder en la misma proporción en que avanza su actividad simbólica.” (Cassirer, 1944). Nos hallamos ante la tragedia de la cultura de la que hablaba Georg Simmel, la cual se da cuando la lógica del objeto se escinde del proceso de autoperfeccionamiento del sujeto. Hoy en día se da el caso que nos relacionamos más con los simulacros del territorio que con el propio territorio. Un buen ejemplo de esto es el activismo en redes sociales, el cual consiste en compartir determinadas publicaciones sobre cualquier tema que nos interese, respirar con alivio y satisfacción por haber contribuido a una causa y pasar tranquilamente a otra cosa. En relación a esto, Arendt señalaba que un factor que contribuía inmensamente a la degradación de la cultura: el *filisteísmo cultural*, la actitud de quien usa los objetos culturales como adorno o instrumento, no como algo que merezca cuidado y juicio.

Conclusión

Hemos visto que los objetos de la cultura nacen de la escisión entre sujeto y objeto, lo cual no conlleva necesariamente que la cultura, en tanto que proceso, esté condenada al desarraigo, sino que modifica nuestra relación con el mundo. Al enfocar la mirada sobre las tensiones alrededor de la noción de *Espacio Natural* aplicada al territorio del Delta del Llobregat, nos damos cuenta de que acabamos enfrentados a una imagen, a un simulacro de lo que de hecho se aparece. Si estamos de acuerdo con Cassirer, el continuo de la realidad en su totalidad es inabarcable para nosotros y estamos condenados a una relación mediada por lo simbólico. Pero también hemos visto que esa mediación tiene una resonancia directa con nuestra acción en el mundo, la representación no es inocua.

El *universo simbólico* es, entre otras cosas, un territorio de lucha por la hegemonía cultural. Cada sujeto tiene el potencial de contribuir a su re-significación, y con ello, a la forma del mundo que se va moldeando entre el pensamiento y la acción. No es posible conocer todos los hilos que mueven la voluntad, pero sí que podemos observar que muchos de ellos están enlazados a representaciones que otorgan dinamismo y sentido a nuestros actos.

Permitidme una pequeña digresión: Si concebimos una metafísica como una representación de la totalidad de la existencia, entonces no resulta descarado afirmar que de cualquier metafísica se deducen una serie de modos de acción. A su vez, estos están vinculados al universo simbólico por el que navegan. El proceso es biyectivo, ya que las acciones y sus efectos también modifican la representación. En pocas palabras, la ética y la metafísica se retroalimentan. ¿Será eso un círculo vicioso?

Hemos visto que lo intersubjetivo se construye desde una posición en el mundo. En mi caso, escribo desde El Prat de Llobregat y he crecido estrechamente vinculado al Delta. Considero importante señalar esta particularidad antes de exponer lo que sigue. La conciencia de habitar una posición en el mundo motiva a cuidar lo circundante, del mismo modo que la autoconciencia propicia el autocuidado. Es como si existiese una relación entre cultivar lo propio y cuidar de lo otro cuando pensamiento y acción se armonizan, cuando la cultura cobra vida y se convierte en el proceso que nos sostiene.

Analizar en profundidad el estado general de los procesos culturales de nuestro tiempo llevaría decenas de páginas, pero a grandes rasgos podrían calificarse de saturados y desarraigados. Estas tendencias hacen que nuestra relación simbólica y mundana con el Delta del Llobregat se vea fragmentada por simulacros e imágenes de postal que nos impiden elaborar un juicio que sea capaz de participar activamente en la construcción de un sentido común sostenible y situado. Surgen nuevas preguntas ¿Qué entra dentro de lo propio? ¿Sólo es posible cuidar desde aquí? En este punto es dónde considero útil concebir —tal y como se expone en las primeras páginas— el conflicto cultural que atraviesa el territorio como un objeto cultural en un universo simbólico que se extiende más allá de las fronteras de nuestra posición. ¿Qué valores se desprenden? ¿Qué nos refleja del mundo y de nosotrxs?

Bibliografía

- Aena. (s. f.). *Preguntas frecuentes sobre el desarrollo del hub del Aeropuerto Josep Tarradellas Barcelona-El Prat*. Aena.
<https://www.aena.es/es/josep-tarradellas-barcelona-el-prat/conocenos/desarrollo-del-hub/preguntas-frecuentes.html>
- Arendt, H. (2016). *Cultura y política* (B. Rivas, Pról.; F. Birulés & L. Fuster, Eds.; E. Rubio, Trad.). Clásicos de la Resistencia Civil.
- Cassirer, E. (1944). *An essay on man: An introduction to a philosophy of human culture* [Apuntes de clase].
- García, L. B. (2025, 10 de junio). *Illa justifica la ampliación del aeropuerto para “recuperar el liderazgo económico de España”*. La Vanguardia.
<https://www.lavanguardia.com/politica/20250610/10772512/illa-justifica-ampliacion-aeropuerto-recuperar-liderazgo-economico-espana.html>
- García Fernández, J., & Casals Vila, D. (2025). *El Prat: radiografía de la gran obra que divide Barcelona*. Lab Expansión. <https://lab.expansion.com/aeropuerto-elprat/>
- Gramsci, A. (1924). *Los intelectuales y la organización de la cultura* [Apuntes].
- Rickert, H. (1899). *Ciencia cultural y ciencia natural* [Apuntes].
- Søren Kierkegaard. (1987). *Temor y temblor* (S. Merchán, Estudio prelim., trad. y notas). Metrópolis.
- Simmel, G. (2002). *La tragedia de la cultura*. En *Filosofía de la cultura*. Gedisa.
- Weil, S. (2024). *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social*. Alianza Editorial.